

CABO DE HORNOS,

LEYENDA MARINERA

Por

José Pablo LOPEZ

Los viejos capitanes de veleros recuerdan en Hamburgo sus travesías entre Argentina y Chile, en las aguas de la América Austral.



CADA DOMINGO, en una casa sobre las Colinas de Blankenese, el barrio de Hamburgo que mira románticamente sobre el río Elba, se reúne una veintena de viejos lobos de mar en uno de los clubes más exclusivos del mundo: el de los capitanes y navegantes del Cabo de Hornos. El club está formado exclusivamente por los que cruzaron más de una vez en un barco a vela, sin ayuda de motor, esa rocosa y a veces furibunda vía de agua en el extremo sur de la América morena y donde termina el Chile continental.

Frente a la larga mesa en que "horninos" hamburgueses intercambian recuerdos de esa época heroica, sobre un anaquel abren sus amplias alas blancas un albetros, un pelicano y otras aves que pueblan los roqueríos de ese cabo en el que se juntan no sólo los océanos Atlán-

tico y Pacífico, sino también libran una lucha permanente las corrientes y los vientos de ambas mitades del mundo.

Desde que en 1520 lo cruzó por primera vez el vasco Sebastián Elcano, y aunque años más tarde Hernando de Magallanes descubriese la otra ruta, más abrigada, del estrecho que lleva su nombre, el Cabo de Hornos fue un desafío para los marinos más avezados, y, si su cruce de este a oeste era toda una epopeya, más heroico resultaba atravesarlo desde el Pacífico hacia el Atlántico, con todos los elementos naturales en contra.

Pese al Estrecho de Magallanes, el Cabo de Hornos fue para muchos barcos el paso obligado entre la costa occidental de América y Europa, papel que sólo vino a perder cuando, en julio de 1920, fue abierto a la navegación mundial el Canal de Panamá.

Por el Cabo de Hornos pasaron no sólo las grandes expediciones descubridoras

ras españolas y portuguesas que abrieron el nuevo mundo al viejo continente, sino también todo el comercio entre la costa del Pacífico y Europa durante por lo menos cinco siglos, tiempo lleno de aventuras y de leyendas.

El "Club de los Cabohorninos", fundado en 1938, en la caleta de St. Malo, en la Bretaña francesa, agrupa a los últimos de esos navegantes, muchos de los cuales pertenecieron a las flotas de veleros que, por cientos cada año, transportaban el salitre —esa blanca riqueza del norte chileno— hasta los puertos de Europa.

Entre los fundadores del club estaba Richard Wendt, hoy presidente de la sección alemana, con sede en Hamburgo, quien tenía 30 años cuando, en 1924, como capitán del "Padua", de cuatro palos, hizo en el tiempo record de 61 días la travesía de 9.000 millas marinas entre Hamburgo y el puerto chileno de Corral. Otro de los tripulantes del barco, el entonces marinero de 16 años Rudolf Franz, recuerda aún la epopeya que significó el paso del "Padua" por el Cabo de Hornos "con olas de 16 metros de alto" y un infierno de viento y lluvia.

"Cuando navegábamos a toda vela y fuertes vientos hacia el oeste, la corriente nos devolvía hacia el este, haciéndonos zigzaguear. En ese entonces, un buque tenía que navegar hasta treinta millas marinas para apenas mantener su posición en el cabo".

El club de Blankenese recuerda aún el relato del nacimiento de un niño justo en medio de una tempestad en el cabo, el 22 de marzo de 1880, a bordo del "Nautik", un velero de tres palos cuyo capitán y propietario era David Breckwoldt, de una antigua familia de marinos hambur-

gueses. Una tempestad adelantó entonces el parto de la esposa del capitán, que debía producirse más tarde en territorio chileno, haciendo nacer en medio de los bamboleos y el viento del cabo, a un niño que después seguiría la tradición marinera de la familia.

Las tertulias a orillas del Elba cuentan también tragedias, y uno de sus miembros, el capitán John Schuldt, recuerda haber perdido en una de ellas a un hermano de sólo 17 años que hacía su primera travesía en el "Palmyra" en 1910. El velero, arrebatado por el viento justo después de cruzar el cabo, quedó a la deriva y fue a encallar en un lugar desconocido. El capitán decidió entonces embarcar a toda su tripulación en un bote, enviándola a la ruta de los grandes vapores en busca de socorro. Más tarde, en vista que los marineros no regresaban, el capitán y el primer oficial abandonaron también la nave y erraron durante catorce días en las turbulentas aguas australes antes de arribar, casi por casualidad, al faro chileno del Cabo Evangelistas.

Cuarenta y cinco años después, cuando el capitán Schuldt hojeaba un diario en la ciudad argentina de Rosario, leyó el relato del hallazgo de 18 esqueletos en una cueva en el Cabo de Hornos. Eran los marineros del "Palmyra" que murieron sin hallar el socorro que habían salido a buscar.

Una de las calles del barrio de Blankenese lleva el nombre de Robert Hilgendorf, capitán hamburgués que, al morir en 1937, a los 85 años de edad, había batido el record de los "horninos", con 66 pasadas a través del Cabo de Hornos.

De "El Diario Austral" de Temuco.

